

# LA NOVELA SEMANAL

L 52.6



**La vendedora de Harrods**

POR

**JOSUÉ A. QUESADA**



**PRECIO: 10 Centavos**

**Más de 200.000 personas la leen**

# Para Colegiales



**JUEGO DE CUBIERTOS** de seis piezas. Lo recomendamos para el uso de los niños. Sueltos \$ 4.90  
Con caja estuche .. 6.50

Surtido especial en jarritos de metal y aros para servilletas, con monogramas a gusto de los interesados. Cubiertos y demás enseres para el uso en las escuelas.

Fábrica y Composturas de PARAGUAS, BASTONES, SOMBRILLAS y ABANICOS.

## Pedro Bignoli

*Bazar y Menaje*  
*C. Pellegrini esq Sarmiento*  
B. Aires

### QUINCENA DE AHORRO:

HASTA EL 22 DEL CORRIENTE OBSEQUIAREMOS A TODO COMPRADOR POR UNA SUMA NO MENOR DE DOS PESOS, CON UNA LIBRETA DE AHORRO DE LA CAJA INTERNACIONAL MUTUA DE PENSIONES CON UN DEPOSITO EFECTUADO DE DOS PESOS.

---

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS  
"LA VIRTUD SALVAJE"  
por JOSÉ LÓPEZ SILVA — con prólogo de ENRIQUE GARCÍA VELLOSO

En esta obra el celebrado escritor nos relata la interesantísima aventura de una artista «virtuosa», dándonos a conocer la compleja existencia de entretelones.

---

# La Vendedora de Harrods

POR

JOSUE A. QUESADA

---

I

Aquella tarde, Juan Manue' estaba más conversador que nunca. Tirado en uno de los sillones del Club, disertaba con desgano frente a un auditorio de tres amigos que, como él, no tenían ocupación conocida, aun cuando vestían todos con relativa elegancia.

—La silueta que me publica ese diario con Clara Rosa, es una estupidez. He hablado con ella dos veces en las carreras, y, lo más curioso, es que he hablado de caballos. El cronista que anda a la pesca de chismes, ha creído hacer una gracia con esa silueta, llenando de adjetivos a los dos, pero no tiene ni la originalidad de ser verídico. A mí me dice "estanciero acaudalado, universitario y escritor".

—Será mentira todo eso, — interrumpió uno de la rueda, — pero mi información es que la chica te lleva el apunte.

Juan Manuel sonrió, y tirándose más largamente en el sillón, habló mirando al techo.

—El problema del casamiento adquiere en estos tiempos proporciones pavorosas. No he de negar que esta chica me ha hecho meditar sobre él. Tiene singulares encantos, es inteligente, bonita

---

**TAPAS PARA COLECCIONES:** Habiendo recibido numerosos pedidos de tapas para coleccionar "La Novela Semanal" hemos ordenado la confección de unas artísticas cubiertas que formarán tomos de veinte novelas cada uno y cuyos precios y condiciones anunciaremos en el próximo número.

y además, esto es importante: ignora mucho. En el colegio de la Santa Unión le han enseñado apenas lo indispensable, y ello es una ventaja. Nada hay más peligroso, dado el carácter de nuestras niñas, que una con muchos conocimientos. Su creciente afán de saber cada día nuevas cosas las lleva muchas veces a cometer desatinos. ¿Quieren ustedes algo más aburrido que esas poetisas que se dedican a versificar en francés? Pero esto no sería sino un detalle. Me preocupa la exigencia social, la tonta exigencia social de la ostentación. Mi caso es el de todos. En el supuesto de que estuviera enamorado, no puedo realizar mis deseos matrimoniales. Se opone en primer término la situación de la chica, que forma parte de la "crème", como diría algún cronista cursi y afeminado. Para los efectos de la ostentación mundana, un compromiso es un acontecimiento magno. El novio que se atreve a pedir la mano de una niña es un héroe, con la diferencia de que al héroe no se le observan los defectos; se le aplaude, se le aclama y se le admira.—"Ya van siendo difíciles los noviazgos" — me decía una señora el otro día.— ¡Y cómo no han de serlo! — repuse. Un novio, cuyo compromiso se anuncia en cualquier diario, está durante ocho días expuesto, como en la pizarra de un club, para que los demás le encuentren algún impedimento. Demás está decir que a un novio no le queda una sola parté de su epidermis en buen estado. —"Che, ¿vos lo conocés? — ¡Fijate! ¡Esperar tanto Clara Rosa para venir a caer con ese!... — ¡Tiene una cara de pavo con ese bigotito rubio! — ¡Una vez lo llevaron preso!... — ¿Vamos a mandarle un anónimo a Clara Rosa?

Juan Manuel volvió o sonreír, pero esta vez de sus propias divagaciones. Tenía por hábito, siguiendo la inclinación de su temperamento, de analizar los aspectos de la sociedad. Si bien era cierto que ignoraba los más ligeros elementos de psicología, su natural inteligencia le llevaba a comentar con acierto las costumbres del medio en que actuaba. Era un desordenado para todos sus análisis, como que era espontáneo. Exponía sus impresiones con igual sencillez con que acababa de referirse a su posible noviazgo con la niña de la silueta. Alguna vez había escrito, sin firmar, algunos ensayos de crítica social. Fustigaba en ellos, con viva ironía, prejuicios y costumbres. Esbozaba semblanzas de niñas y jóvenes con mano maestra, llegando en cada caso a trazar magistrales retratos, que resultaban verdaderas filigranas literarias. Fué de esta manera, sin quererlo, el creador de una nueva forma de crónica social, amena, ágil y útil.

Pero nunca dió transcendencia a estas aficiones y por eso, cuando se le señaló en la silueta con Clara Rosa, como escritor, protestó.

Luego de terminar su cigarrillo, un perfumado egipcio con boquilla violeta, retomó el hilo de sus divagaciones, semejantes a los arabescos que el humo diseñaba en la atmósfera.

—Por eso me espanta el pavoroso problema del matrimonio. Si uno pudiera aislarse de la tontería y de la emulación, muchos nos habríamos ya casado. Pero ha de querer la sociedad que todo se haga de acuerdo con sus ritos, así tenga uno que sacrificar hasta su propio decoro. ¿Por qué he de rodear de pompa un acto que yo considero íntimo y personal? ¿Por qué he de llegar hasta más allá de donde me lo permiten mis fuerzas, por complacer una exigencia?

En nuestra sociedad no es posible casarse modestamente cuando se ocupa una posición elevada y cuando se carga con un par de apellidos que evocan toda una tradición de glorias y de prestigios. Hay que mantener el rango, aun cuando para ello sea menester empeñarse. No es posible admitir que las cosas se hagan en pequeño. La novia ha de querer, además de casa, un palacio, automóvil, Mar del Plata y todo el confort y el lujo que ahora le costean sus padres. De otra manera es rebajarla, aun cuando se la quiera mucho y uno trate de hacerla feliz. Hay que mantener el tren; los vestidos seguirán viniendo de París y los sombreros también. Cualquiera de nosotros, "fils a papá", no estamos en condiciones sociales de hacer feliz a ninguna muchacha. Tal vez por esta causa Clara Rosa, y como ella tantas otras, no se han de casar nunca.

Entre los muchachos de su tiempo y de su rango, Juan Manuel se había destacado por una verba fácil y atrayente, que adquiría momentos de verdadera elocuencia, cuando se empeñaba en fustigar lo que él llamaba las "tonterías sociales".

Llevaba, sin embargo, una vida de apariencias mundanas. La gente tenía de él un buen concepto, porque era ante todo simpático y estaba dotado de un extraordinario buen humor. Si alguna vez la sombra de un dolor cruzó por su espíritu, supo disimularlo tan bien, que ni en su propia casa pudo advertirse nunca el verdadero estado de su ánimo. Era en ello un artista. Y así, simulaba con tal perfección, que en los días en que más trabajaba su cerebro, era cuando se mostraba más risueño.

Aun cuando vivía incorporado socialmente a su familia, la realidad era otra. Con la suma mensual que se le entregaba como supuesto empleado del escritorio de su padre, escritorio cuya única finalidad comercial era la de atender desde la capital los negocios de la estancia, había instalado una "garçoniere" con todo el buen gusto y el confort de que era capaz. Cuando se inauguró con una fiesta de camaradas, cada uno concurrió a la cita con una compañera. Constituía esta parte del elenco femenino un cuarteto de muchachas empleadas de las grandes tiendas, que, como las "midinettes" parisienses, gustan ya los atractivos del ambiente y, como aquellas también, sufren el desengaño de las ilusiones fugaces en que se estrellan siempre sus almas juveniles y románticas.

Juan Manuel había instalado su "cotorro", como él lo llamaba, para tener, aparte del lujo que ello significaba, un sitio para encontrarse con Carmen.

II

La había conocido en Harrods, cuando todas las tardes subía a tomar té. Desde la primera vez en que la viera, se sintió atraído por el encanto de sus ojos negros, que siempre tenían para él una mirada suave.

Pasó muchos días frente a su mostrador y aun cuando ella estuviera atareada en la atención de una cliente, parecía presentirlo, pues sus ojos no dejaban nunca de encontrarse.

En una oportunidad, estaba sola. Juan Manuel, que cumplía su trayecto de siempre, se detuvo y con sencillez la interrogó:

—¿No hay nada que me pueda vender?

—¿Qué es lo que el señor desea?

Juan Manuel miró en su torno y, aprovechando que ninguna otra persona habría de escucharlo, dijo:

—Lo que yo deseo son sus ojos...

—¡Payo! — fué lo único que en su defensa, pero llena de rubor, contestó la vendedora.

Juan Manuel siguió hasta el salón de té. El agravio de la muchacha le hizo sonreír y pensó que él era una justa rebelión del pudor femenino. ¿Acaso cabía otra respuesta, ante lo inesperado de su pregunta?

Cuando cruzó frente a ella, volvió a mirarla y de nuevo sintió la caricia de esos ojos y advirtió, a través de una sonrisa, la fila de sus dientes blancos.

Esa misma tarde la aguardó a la puerta de la tienda. Se confundió por un momento, en un núcleo de jovencitos y horteras que esperaban también, como él, una empleada de la casa. Salían éstas en enjambres risueños y a poco andar se disgregaban para tomar cada uno su rumbo. En la puerta de salida, un alto empleado, sin duda un inspector, parecía observar con ojo vigilante cuál de sus subordinadas tenía en la acera su compañero.

Juan Manuel presenció todo el desfile, y cuando salió la que él aguardaba, tomó la misma dirección, a prudente distancia.

Cármen se dió cuenta de la presencia de su interlocutor de la tarde y sintió de golpe un rubor que le arrebató el rostro. Al llegar a la esquina de Paraguay y Suipacha, se detuvo a la espera del tranvía.

Juan Manuel prolongó su táctica de observación, antes de iniciar el ataque; le pareció que el momento y el sitio eran inoportunos. Además, la visible nerviosidad de Carmen le hizo suponer que estaba expuesto a que se le obsequiara con el mismo calificativo de la tarde.

Subió ella en el "17", e hizo él lo propio, instalándose en la plataforma. Cuando el mayoral le ofreció el boleto, solicitó dos, y con aparente indiferencia señaló a la muchacha como la destinataria del segundo.

Llegó el tranvía hasta las proximidades de la plaza Constitución, donde descendieron algunos pasajeros, quedando por lo tanto el campo más libre. Se armó Juan Manuel de resolución y penetró al interior del coche, donde ocupó el sitio vecino al de Carmen.

—Con su permiso — dijo sentándose sin aguardar el consentimiento.

Ella hizo un leve gesto, aproximándose más aún a la ventana y aparentó mirar hacia la calle.

—Buenas tardes, — insinuó él, sin obtener respuesta. ¿Por qué no me contesta? ¿Cree acaso que voy a comerla?

Carmen había palidecido y su pecho se agitaba con emoción. Estaba allí como una palomita aprisionada, sin defensa ni salida. Aun cuando hubiera querido responder, no le hubiera sido posible, porque sentía que la voz se le anudaba en la garganta. Se aproximaba al barrio de su casa, y ante la inminencia de ser sorprendida y dar motivo a comentarios, optó por bajarse en la primera esquina, aunque tuviera luego que caminar varias cuadras.

Hizo una seña al mayoral y el tranvía se detuvo. Detrás de ella descendió Juan Manuel, y al amparo de la escasa luz volvió a la carga.

—Pero señorita, escúcheme. Soy un caballero...

—Le ruego que no me moleste, estoy cerca de mi casa y usted me compromete.

—Discúlpeme... — y se detuvo junto a un árbol, mientras veía que la muchacha, sin darse vuelta, penetraba a una casa modesta.

Juan Manuel avanzó por la orilla de la calzada y al enfrentar la puerta miró al interior, pero una completa obscuridad le impidió darse cuenta de nada. Volvió a pasar, y como algunos chicuelos que jugaban en la vereda le observaran con curiosidad, saltó en el primer tranvía que cruzó en dirección opuesta a la que viajó anteriormente.

Regresó malhumorado y convencido del ridículo papel que le había tocado desempeñar. ¡Ni más ni menos que como a cualquier "papanata" aflador de esos que viven al acecho de una cara bonita para salir en su persecución!

La muchacha le "gustaba"; así había definido su entusias-

mo del momento. No sentía por ella otra atracción. Le agradaban su ojos negros, su silueta menuda y ágil, y sobre todo esas miradas que se cruzaban cada vez que subía al salón de te.

A la tarde siguiente al primer fracaso volvió a la tienda y pasó frente al mostrador. Carmen no lo miró; hizo más, así que advirtió su presencia, bajó la vista y no la levantó sino cuando estuvo convencida de que se había alejado.

El amor propio de Juan Manuel sintió como un latigazo, y a la hora de salida volvió a estacionarse en la esquina; se encontraba ridículo en aquella actitud, pero no se iba. ¡Qué le importaba esa vendedora, si había quinientas como ella y mejores que ella! Pero el papelón que hiciera, le había dejado una espina bien adentro. No era un niño; había tenido ya sus aventuras fáciles y no era a los treinta años que habría de sufrir el primer descalabro. Por eso estaba de nuevo en la esquina.

Dieron las siete, y pocos momentos después comenzó el éxodo interminable de muchachas de caras feas y bonitas, muchas pálidas, pero alegres todas, a quienes la calle parecía brindarles la libertad que tanto anhelaban desde la jaula del taller y el mostrador.

Los "afiladores" estaban, como Juan Manuel, en su puesto. Pasaban de una docena y muchos de ellos se conocían porque a la espera de sus "filos", se entretenían en charlas o dirigiendo piropos a las que iniciaban la marcha.

Salió Carmen y en la misma puerta se despidió de sus compañeras; atravesó la calle y pasó junto a Juan Manuel sin dirigirle la mirada. En la mitad de la cuadra volvió a cruzar, y próxima a la esquina de Maipú se reunió a ella uno de los jóvenes que había estado hasta ese momento en la puerta.

Apenas si se saludaron, como si fueran viejos amigos. Juan Manuel los vió subir al tranvía y regresó al Club, dispuesto a olvidar la desgraciada aventura, pensando en que al fin y al cabo "la infeliz vendedora bien hacía en llevarle el apunte al compañero con quien se fué, pues ese era capaz de brindarle una felicidad que él por su rango estaba imposibilitado de ofrecerle".

Le pareció estúpido un pensamiento que cruzó por su imaginación, un tanto exaltada. Y él mismo se recriminaba: ¿Por qué he de dejar de ir a Harrods? ¿Con no pasar por donde ella está! ¿Pero es que le "gustaba" realmente aquella criatura, al punto de querer evitar su presencia?

Sentía rebelarse su interior ante las preocupaciones que a cada momento le asaltaban y sólo conseguía olvidarlas cuando mataba las tardes jugando en el Club a las interminables "pool", en las que era uno de los campeones más destacados.

Pasaron ocho días, sin que Juan Manuel volviera a Harrods. Cuando cruzó de nuevo frente al mostrador de Carmen, ésta le

miró como lo hacía antes de que las relaciones quedaran interrumpidas. Había en su mirada algo más que una simple expresión de agrado; Juan Manuel le pareció adivinar en ella una sonrisa maliciosa apenas diseñada, evocadora del triste papel que desempeñó en dos oportunidades. Y mortificado penetró al ascensor. A su regreso, cruzó por frente a Carmen con varias niñas de su amistad, y riendo y jaranearo llegaron hasta la puerta.

¿Por qué lo miró esa vez Carmen hasta que traspuso el umbral? También ella, mujer al fin, hubo de convencerse de que ese pasante de todos los días, de figura agradable y distinguida y de cara franca y simpática, no le era del todo indiferente.

### III

Había cumplido Carmen diez y siete años. Como la mayor parte de las chicas de la tienda, tenía su novio. Era un muchacho modesto, que ejercía en un "garage" el oficio de mecánico y vivía en su misma casa. Se habían conocido desde criaturas y fueron novios, como pudieron haber sido hermanos. Se iban a casar. Eso lo venían diciendo desde hace tiempo, pero la madre de Carmen, pobre viuda con cinco huerfanitos, vivía en una pieza con el producto de lo que su hija ganaba y el casamiento del sostén de la familia significaba para ella la vuelta del hambre, que muchas veces soportó mientras Carmen ganaba apenas como costurera algunos centavos.

Por esta causa la misma Carmen sentía partirse el corazón cada vez que debía desviar los proyectos de su novio hacia otro terreno. Su felicidad significaba la desgracia de su madre y de sus hermanitos, porque pensaba que llegaría un momento en que no podría concurrir al trabajo. Y prefirió prolongar en lo posible aquel noviazgo. El tiempo, que todo lo resuelve, habría de solucionarle también el destino de su vida.

Muchas veces había pensado en él con honda tristeza y se consolaba mirando a su alrededor en la tienda. ¿Cuántas estaban en sus mismas condiciones, sin poder realizar el más dulce ensueño de toda alma joven!

Tal vez porque sabía que su novio no habría de darle nunca la felicidad que ella deseaba, fué apagando una a una las estrellitas de su ilusión. Y lo aceptó como un camarada, sin que nunca se encontrara con las fuerzas necesarias para confesarle la verdad.

Era en el fondo Carmen una muchacha buena y honesta; el medio en que vivía no la había contaminado y conservaba sin es-

fuerzo una espontánea distinción, unida a la sencilla elegancia de su traje siempre negro, como lo establecía el reglamento de la tienda. Cuidadosa de sus manos, bien peinada siempre, ofrecía el encanto atrayente de una silueta gentil, que adquiriría marcado relieve entre todas las compañeras del trabajo.

De la vida, no conocía más allá del camino que separaba su casa de la tienda. Carecía de instrucción y sólo sabía los elementos hasta el quinto grado. Ella, como todas, desde los catorce años, debió aportar a su casa el tributo del pan de cada día. Pero también, como todas las de su clase, estaba dotada de esa gracia nativa y de esa viveza criolla, que no siempre es fácil hallar, máxime cuando la mezcla de las razas llega a presentar ejemplares semejantes a esos crisantemos bellos, pero sin perfume.

Sentía Carmen por su desconocido admirador, simpatía y temor al mismo tiempo. Reconfortó un tanto su espíritu, al verlo acompañado de aquel grupo de niñas, a las cuales conocía por su nombre y por actuación en primera fila en toda la actividad social. Eran hijas de un ex ministro y pertenecían por su abolengo a la vieja aristocracia.

Su temor residía principalmente en los tristes ejemplos que cada día escuchaba relatar en la tienda a sus propias compañeras. ¿Sería él como todos los demás?

Caviló muchas tardes cada vez que lo veía, hasta que al fin sintió flaquear sus fuerzas y consintió a sus reiteradas insistencias de amistad.

Se encontraron en el tranvía a las siete de una noche. Sin esperar a que marchara muchos metros, Juan Manuel ocupó el asiento vacante al lado de Carmen, y cuando el mayoral se aproximó, él pidió los dos boletos, rogando con un gesto amable a su compañera que guardara los diez centavos con que se aprestaba a pagar el suyo.

—Gracias—se limitó a decir Carmen, velada la voz por la emoción.

—Usted se las merece, señorita.

Transcurrieron varios minutos, sin que Juan Manuel atinara a pronunciar una palabra. Llegaron así por Suipacha hasta la Avenida de Mayo.

—¿Me permite, señorita—dijo Juan Manuel—que me presente?

Y como ella siguiera impasible, insistió:

—Me llamo Juan Manuel Castelar, y ya habrá usted supuesto que si he insistido por hablarla tantas veces, no ha de ser con el propósito de que usted pierda su tiempo. Quiero decirle ante todo, que no soy un galanteador de oficio, como pudiera usted suponer. He sentido por usted desde el primer día en que la vi, una viva simpatía, que creí, tal vez me ilusione, fuera correspondida por usted.

—He querido,—balbuceó Carmen—que este momento llegara, aún a riesgo de comprometerme seriamente, porque debo decirle que no puedo atenderlo. Tengo mi novio, con quien ya usted me habrá visto. Nunca va a buscarme, pero esa tarde, le pedí que lo hiciera, para que usted me dejara tranquila.

—Y ya ve usted qué poco eficaz ha resultado su procedimiento: no la he dejado tranquila. No podré dejarla ya, aunque tenga que vérmelas frente a frente con su novio.

—¿Por qué no se va a buscar novia entre las de su clase? ¿No tiene ahí, entre las niñas con quienes salía la otra tarde, ninguna que le agrade?

—¡Buenos monos!... ¿Me cree usted de tan mal gusto?

—No se lo conozco; pero ustedes, los niños de familia, suelen fijarse poco en el físico de las novias. Por lo común, es más importante el que ella tenga dinero; lo demás es secundario.

—¡Hola, hola! ¿Conque tiene usted opiniones tan terminantes sobre la juventud porteña?

—¿Pero usted cree, acaso, que yo pueda suponer por un instante que usted tiene por mí algún sentimiento honesto?

—Me juzga mal, señorita...

—Como lo siento. Hablo por la experiencia dolorosa que han sufrido tantas compañeras que han concluido tan mal...

—Es posible que, generalizando, tenga usted razón. Pero, ¿y las excepciones? ¿no las cuenta? ¿No hay acaso muchas amiguitas tuyas que son felices; que aman y son amadas? ¿No pudiera usted serlo? ¿Por qué se ha de mirar sólo el lado malo de la vida?

—¡Es que se sufre tanto en nuestro mundo! ¡Usted no sabe! A usted no le falta nada, no piensa en nada y yo sería para usted una conquista; una más... ¿Para qué va a insistir en mi amistad, si sabe que no ha de ser posible? Déjeme, pues, que siga mi camino y no se salga usted del suyo, que es bien distinto.

Siguió el tranvía más allá de Constitución, sin que el tema de la primera charla variara gran cosa.

—Ahora, déjeme—rogó ella. Pueden verme...

—¿Hasta mañana?

—Para qué insiste...

—Es que me debe una explicación todavía... Usted me ha dicho pavo, y ello es un agravio.

Sonrió Carmen, y sin decir una palabra, tendió su mano a la que le ofrecía Juan Manuel, y así se despidieron.

Ya en la calle Juan Manuel, mientras esperaba el tranvía que había de conducirlo de nuevo al centro, reflexionó sobre la marcha de su aventura y llegó a la conclusión de que el asunto "iba bien".

—¡Caramba!—se dijo—me olvidé de preguntarle cómo se llamaba...

Y se sentó frente a una ventanilla, mirando hacia la calle y cerrando los ojos para pensar mejor.

Carmen llegó a su casa más alegre que nunca. Por la noche, su novio la invitó a sacar una silla a la vereda, pretextando que en el patio hacía calor, y allí, oculta por la sombra que proyectaban los árboles del frente, evocó la silueta de Juan Manuel, cuyo nombre le repicaba en sus oídos y repetía ella suavemente como una oración.

—¿Qué te pasa, Carmen?—interrogó el novio.

—Nada; ¿qué querés que me pase!... me he reído mucho con los chicos y con esta calor, una se sofoca de nada.

—¿Parece que estás pensativa?

—¡Tengo que hacer tanto mañana! Estas benditas liquidaciones nos hacen trabajar mucho...

Mientras respondía, un dulce arrobamiento iba apoderándose de ella. Apoyada la cara en el brazo y el codo en el respaldo de la silla, dejaba soñar su espíritu en locas fantasías, que le hicieron olvidar los tristes ejemplos de aquellas, que en pos de la quimera, se quemaron las alas y lloraron perdidas sus más íntimas ilusiones.

La amistad entre Carmen y Juan Manuel quedó sellada en sucesivas entrevistas a la misma hora. Por espacio de un mes, ella no varió:

Un día le llevó de regalo una "esclava" de oro. Carmen, encantada del obsequio, tuvo sin embargo el tino suficiente para pensar que no podía aceptarlo.

—¿Pero cómo quiere que me presente con esto en casa?

—Dígale a su mamá que es de una compañera del trabajo... que se la prestó, porque no puede llevarla a su casa, porque es un regalo del novio... Y usted, como buena amiga, le hace ese favor... ¿No cree que es lo mejor?

—No, lo mejor sería que yo no aceptara esto. No debo aceptarlo, no puedo.

—¿Quiere decir que me desprecia, entonces?

—No es mi intención, pero considere también el compromiso en que me coloca.

—Son preocupaciones sin fundamento: haga lo que yo le digo y se acabó, no hablemos ya del asunto.

Se puso ella la "esclava" y esa tarde, como todas las demás, el viaje les resultó corto para decirse tantas cosas como las que hablaban, sin que hubiera llegado todavía el momento de decirse que se querían.

Tal vez ninguno de los dos ignoraba la verdadera situación;

pero preferían callarla, para saborear mejor el placer del enaño.

No necesitaron decirse que se amaban para saberlo; Carmén había ido cediendo una a una sus primeras rebeldías de mujer, y cuando quiso reflexionar ya era tarde. Juan Manuel ocupaba por entero su corazón.

El, en cambio se había detenido muchas veces a pensar en el giro sentimental que tomaba su aventura y no alcanzaba a comprender la evolución de ese afecto que iba aumentando cada día y se iba transformando en un cariño sincero por aquella modesta obrera que ahora la sabía suya y capaz de cualquier sacrificio por su amor.

Mil veces estuvo a punto de abandonar la partida, pero era tan intenso el placer que experimentaba al verla, que se le antojó una cobardía.

Carmén había transigido con las pequeñas exigencias de Juan Manuel, y en más de una oportunidad aceptó en llegar hasta las proximidades de su casa en automóvil. La primera vez, fué el pretexto de una lluvia torrencial; luego el de dar una vuelta, y por último ¿por qué no confesarlo? el deseo de los besos apasionados que bien pronto reemplazaron a las palabras.

Y llegó el día en que Carmen, confiada en el cariño que él tantas veces le había jurado, acudió a la cita en la "garçoniere" que acababa de instalar. . .

El sacrificio de su juventud y de su honor se cumplió sin que mediara una palabra, y así como sus almas se habían identificado en una pasión sin límites, así también se unieron ambos en un abrazo febril e inconsciente.

IV

Carmen, querida de Juan Manuel, no fué menos feliz que durante todo el largo proceso de aquel noviazgo de la calle, que se inició como una simple aventura. Colmada de regalos por su amante, no le faltaron pretextos ante su madre para explicar hábilmente su procedencia. La buena mujer le había dicho muchas veces:

—Mira, Carmen lo que hacés. Pensá en tus hermanitos y que ellos no tengan nunca hambre. Ya le han venido con el cuento a tu novio, que la otra noche llegaste hasta la esquina en automóvil. Yo no quiero creer en habladurías de la gentes, pero... ¡fíjate bien lo que hacés!

El chisme, en efecto, había llegado a oídos del novio de Carmen, y una noche se instaló en la esquina de la casa, dispuesto a comprobar con sus ojos la verdad. Aguardó, una larga media hora, y al cabo de ella vió llegar un auto y descender a Carmen en un paraje obscuro. Corrió hasta el sitio y con la voz entrecortada por la ira gritó:

—¡Carmen!

Juan Manuel vió la escena y saltó a la vereda.

—¿Por qué le interrumpe el camino?—increpó al novio.

—¡Por que se me da la gana!—contestó éste.

Sin tiempo para que el golpe fuera detenido, Juan Manuel asestó sobre el rostro de su rival un tremendo puñetazo, que fué seguido de otros. Y el novio de Carmen rodó por tierra.

Los gritos de la muchacha y la alarma de los vecinos llevó al lugar de la refriega un agente de policía. Pocos minutos más tarde, otros agentes sostenían de los brazos a Juan Manuel y a su adversario.

La comisaría fué el epílogo de este incidente. Juan Manuel explicó lo ocurrido, Carmen afirmó de igual manera los detalles del hecho, y su ex novio quedó en calidad de preso por haber provocado el desorden.

Pero si la incidencia quedó policialmente terminada ahí, en el barrio los comentarios no cesaron por muchos días. La vida se hizo imposible y Carmen suplicó, a su amante que les facilitara un poco de dinero para mudarse.

Así lo hicieron; pero en lugar de otra pieza como la que ocupaban, Juan Manuel alquiló en Palermo una modesta casa por se-

senta pesos mensuales, que la madre aceptó sin preguntar, porque sin duda ya había adivinado la verdad.

Y, con esa resignación que sólo es capaz de dar la miseria, vió cómo se iba poco a poco transformando el mobiliario que en otro tiempo "adornó" el interior de aquella pieza sucia y mal oliente, en que sólo había tres camas para siete personas. Vió también cómo Carmen, sin perder su afición al trabajo, traía mejores ropitas para su pobre ajuar, y tenía medias, y botines, y guantes.

Ya en su casa se podía comer; las criaturas parecían más sanas, más alegres, y a la pobre mujer, que tanto y tanto había sufrido en su largo calvario de privaciones, la vida le pareció mejor.

Juan Manuel estaba cada día más satisfecho de la conquista; su cariño por Carmen no había variado desde que la hiciera suya.

Ella, por su parte, seguía siendo la misma empleada alegre y atrayente de antes. Había disimulado con tanta habilidad su nueva situación, que ni las compañeras más íntimas conocían el secreto de su vida.

En Juan Manuel se producía idéntico caso; sólo tres amigos participaban de las reuniones agradables de su "garçoniere".

Por lo demás, seguía llevando su existencia de clubman, frecuentando las carreras, asistiendo al Colón, presentándose en los bailes y apareciendo, en fin, como un candidato de muchas niñas de la alta sociedad soñaban todavía en pescar.

Si bien era cierto que en tales momentos Juan Manuel era uno de los tantos "fils a papá", como él mismo se decía, era también evidente que habría de ser, tarde o temprano, poseedor de una bonita fortuna. Para que ello sucediera, era menester que su padre abandonara el mundo de los vivos. Hasta entonces, los mil pesos que mensualmente recibía habrían de bastarle para afrontar los compromisos contraídos.

En dos años, las cosas no variaron. Carmen continuó siendo la amante tierna e ingenua y Juan Manuel el mismo de siempre, generoso y bueno.

No vivían juntos; pero muchas noches se quedó ella en casa de Juan Manuel, para salir al día siguiente bien temprano y ocupar su puesto en la tienda.

Al principio, los chicos, sus hermanitos, habían preguntado con inocente curiosidad por Carmen:

—Se ha quedado en lo de tía Berta... Ha de haber salido tarde del trabajo.

Por la noche, cuando regresaba después de haber faltado, sentía en las caricias de aquellas criaturas todo el amor santo que le profesaban como a la hermana mayor.

—¿Vas a llevarnos al cine, Carmen?

—¿Esta noche, quieren?

Iban todos al cine del barrio y refán o se asombraban ante las escenas que desfilaban ante su vista.

## LA NOVELA SEMANAL

---

—¡Qué más podía pedirse para ser feliz!

Nunca, ni en los instantes en que la buena madre, sentía un sordo remordimiento en su corazón, habló con su hija de Juan Manuel. Conservaba aún ese resto de pudor y si calló al principio fué porque estaba convencida que nada le restaba por hacer.

Sin embargo, una noche, cuando las criaturas se hubieron dormido, la madre habló:

—¿Nunca has pensado que siempre no podrás vivir así?

Carmen guardó silencio. Estaban las dos en el patio de la casa y en la semiobscuridad de aquel sitio no podían verse las caras.

—¿Por qué no me contestas?

Ella se había reconcentrado en sus recuerdos.

¡Ya lo creo que había pensado en que siempre no podría vivir así! Pero era tan íntimo su sentir, que a nadie lo había confiado. Después de la pregunta de su madre, estaba convencida que ella había leído en sus ojos la lejana tormenta que iba nublando su ensueño de mujer.

Dos lágrimas, las primeras que brotaron de sus ojos desde el día en que se amaron, cayeron por sus mejillas. ¡Lo quería tanto, que cualquier duda le parecía un ultraje! Y lloraba de dicha porque se sabía feliz, sin necesidad de que aquella unión fuera consagrada por la ley y bendecida por la iglesia.

V

El día en que apareció la silueta con Clara Rosa, Carmen salió de su trabajo y llegó hasta el pequeño departamento de Juan Manuel. Estaba éste con otro amigo; venían del Club, donde habían comentado ya la publicación.

—¿Te quedas a comer? — preguntó Juan Manuel a su amigo. Acompáñanos; haré traer unas cosas del Aguila. Comerás mal, pero bien merece este "matrimonio" el sacrificio de tu estómago.

—No es eso, ¡valiente! Es que no me gusta nunca formar el número impar.

—¡No seas pavo, hombre! Nosotros ya hemos pasado la luna de miel hace rato y somos personas muy serias. ¿Verdad, Carmen?

Carmen sonrió bondadosamente, y como dueña de casa comenzó a ocuparse de los menesteres indispensables para la mesa.

Cuando quedaron solos, Juan Manuel, que no había podido abstraerse al pensamiento que lo dominaba, tendió a Carmen el diario, indicándole que leyera la silueta.

—¿A ver si los conoces...? — preguntó aparentando indiferencia.

Tan lejos estaba la felicidad de Carmen de cualquier suposición, que terminó la lectura sin inmutarse.

—¿Quiénes son? — interrogó con toda ingenuidad.

Riendo, Juan Manuel, le dijo:

—¿No me has adivinado? El cronista ha querido hacer mi silueta con una chica de la sociedad...

—¿Y ella, quién es? — inquirió ya más inquieta, Carmen.

—¡Cualquiera! Es una pavada. Por eso mismo te la he mostrado.

—¿Quién sabe; ha de ser cierto nomás y me estás ocultando! — dudó ella.

—¡Bah! Es una de aquellas muchachas con quienes me viste hace ya tiempo, al salir del salón de te; Clara Rosa Rodríguez. ¡Un mono, como habrás podido ver!

Carmen optó por no dar importancia alguna a la conversación

y se acostó temprano. Por su cabeza cruzaron mil ideas en fantástico desorden y se revolvió en la cama sin que acudiera el sueño con el que pretendía borrar una pesadilla que la atormentaba cruelmente.

A su lado, Juan Manuel se hallaba asimismo abstraído en sus preocupaciones.

En parte, la silueta tenía razón. Si bien no había llegado a ser el novio de Clara Rosa, su preferencia por ella en todas las reuniones sociales era evidente. No era difícil, desde luego, deducir que ambos se sentían vinculados por una mutua simpatía; de allí al noviazgo, no había más que un paso.

¿Se llegaría éste a formalizar? Juan Manuel se había detenido a meditar muchas veces en los últimos días, pero una misma pregunta aparecía cada vez: "¿Y Carmen?"

Nuevamente aquella noche, el remordimiento del posible abandono de esa criatura que tenía a su lado, volvió a mortificarlo. La miró con ternura. Carmen, más pálida que siempre, parecía dormir, perdida la cabeza en la amplia almohada.

Una tenue luz roja iluminaba el cuarto lo suficiente para observar los detalles del conjunto. En vano quiso Juan Manuel desviar hacia otros sitios su mirada nerviosa; el rostro de su amada había adquirido en el sueño un extraño gesto de dolor. Hubiérase dicho que estaba muerta a no advertir las palpitaciones de su pecho.

—¡Carmen! — llamó inquieto. ¿Qué te pasa?

Se despertó ella sobresaltada; abrió un instante los ojos, y sin decir una palabra se volvió hacia el otro lado.

Juan Manuel pudo así pensar más libremente en todo cuanto estaba ocurriéndole.

La reprimenda de su padre hecha esa misma tarde le había quedado grabada en su conciencia.

—Ya no eres un niño, — le había dicho. — Es bueno que te dejes de llevar la vida que haces y pienses seriamente en casarte. Me han dicho que festejas a una señorita de Rodríguez. No me parece mal; es buena gente, tiene dinero y tradición.

Es ya tiempo que te decidas a dejar ciertas amistades, que resulta peligroso prolongarlas; se sabe con ellas cuándo se empieza, pero no cuándo y cómo se concluyen. Supongo que me comprendes y que no necesito puntualizar; tienes por ahí, en nuestras propias relaciones, tristes ejemplos de muchachos distinguidos que se han casado con sus queridas. Eso es un insulto a la sociedad, que ésta no lo perdona nunca.

Por primera vez Juan Manuel pensó en la posibilidad de casarse con Carmen. En realidad, no tuvo nunca la idea de hacerlo, pero después de las palabras de su padre, tal pensamiento había cruzado como un relámpago por su imaginación.

—Lo honesto — se decía — es que yo la eleve hasta mí y le dé mi nombre a cambio de su juventud que ella me ofrendó confiada. Pero su otro yo, aquel que vivía para la sociedad, le reprochaba su actitud.

—¡Imbécil! La vida no es eso. No está la dicha en vivir en las cuatro paredes de tu departamento, al lado de una obrera, sin más encantos que la frescura de sus pocos años. Todo pasa; dentro de algunos años, te habrás arrepentido de esta aventura, igual a todas y por lo mismo vulgar. La dicha está en la riqueza, en el mundo, en las relaciones sociales, donde podrás triunfar, porque eres rico, porque tu mujer llevará sobre ella, muchas alhajas y ricas pieles.

Así pasó la noche, sin conciliar su sueño. Recién cuando las primeras luces del nuevo día se filtraron por la persiana, Juan Manuel, aletargado por la fatiga de sus nervios, se quedó dormido.

Cármen no volvió a hablar del asunto. Había decidido mantener esta actitud aconsejada por su propia conciencia. Fué aparentemente la misma de siempre, pero en el fondo de su corazón había caído una gota de hiel que le amargaba la vida.

Juan Manuel no varió en su afecto y fué por el contrario más solícito y cariñoso a medida que su situación se iba por otra parte complicando.

La posibilidad de su casamiento le inspiraba ternezas y bondades. Teniendo a Carmen en sus brazos, le parecía imposible que pudiera llegar a abandonarla alguna vez, para casarse con otra. Y la besaba con pasión, como en los primeros meses de aquel idilio, que revivía ahora con una intensidad desconocida. Carmen volvía a ser feliz y ella también olvidaba sus angustias en aquellos momentos de dicha infinita.

VI

En cierta oportunidad, Juan Manuel, que había seguido siendo cada día más cariñoso, habló a Carmen. Debía hacerlo, pues había llegado el momento definitivo.

Se habían acostado esa noche, como de costumbre, bien temprano. Carmen debía de madrugar para ir a su trabajo y raras veces la media noche la sorprendía despierta.

Comentaban el casamiento de una niña, cuya retrato tenían a la vista en "La Razón".

—¿Te parece bonita? — preguntó ella.

—Es graciosa; yo la he tratado.

—¿Y a él, lo conoces?

—Mucho. Hemos sido compañeros de colegio, pero nos separamos tarde cada uno por su rumbo. Supe al cabo de los años que estuvo viviendo con una muchacha, creo que era dactilógrafa en una casa de comercio... Después no sé.

—¿Y la muchacha? — interrogó Carmen, mientras una sombra cruzaba por su frente.

—Como él hace un buen casamiento, supongo que la habrá dejado bien. A esta fecha ella tendrá su libretita en el Banco....

Mientras Juan Manuel decía todo esto, trataba de leer en la expresión de Carmen el efecto de sus palabras.

—¡La historia de siempre! — murmuró Carmen, pensando en la suerte de la pobre muchacha. ¡Tal vez es la que también me espera a mí!

Se miraron ambos en la profundidad de sus ojos, y algo extraño debió de leer ella en los de Juan Manuel, pues saltaron de los suyos dos lágrimas muy gruesas y salió de su pecho un sollozo muy hondo.

—¡Pero Carmen! ¿por qué te pones así? — dijo Juan Manuel, tratando en vano de consolarla. — Si sabes que siempre te he de querer; que no podré olvidarte nunca, nunca y que cualquiera que sea la orientación que tome mi vida, lo mejor de mi cariño ha de ser para ti, que me diste el alma en tus besos y en tus caricias.

¡Carmen! ¡Carmencita querida, no te pongas así!

Las ansias de un llanto doloroso, ahogaban su voz.

—¡No me has querido nunca!

—¡Te lo juro, Carmen!

—¡Dime que es mentira lo que el corazón me anuncia! ¡Que no vas a casarte con esa!

Con sus ojos llenos de lágrimas, lo miró nuevamente en un ademán de súplica angustiada.

Juan Manuel no tuvo fuerzas para confesar la verdad, y lloró con Carmen el cruel desgarramiento de aquella unión tan intensamente vivida en la pureza de un amor que no necesitó palabras para sellarse, ni leyes para consagrarlo.

VII

Tres días más tarde, la noticia del compromiso de Clara Rosa Rodríguez con Juan Manuel Castelar había trascendido en los círculos mundanos. En todos ellos se formularon votos por la felicidad de los novios, y los diarios extremaron el elogio de la futura pareja con adjetivos laudatorios para ambos. De ella supieron decir que "unía a su distinción una belleza poco común", y de él que era "uno de los jóvenes de la nueva generación que más se había destacado por su inteligencia y por la corrección de sus procederes".

Uno de estos diarios cayó en manos de Carmen. Regresaba sola a su casa aquella tarde. ¡Tanto había llorado en la última semana, que sus ojos estaban ahora opacos y enfermos. Su palidez era mortal y en su rostro se diseñaban los rastros del intenso dolor moral que la iba consumiendo.

—Mi vida — se decía — es como la de todas las que como yo corrieron tras de una ilusión y de un ensueño. ¿Qué le restaba por hacer a ella, humilde vendedora, desamparada de todos? ¿Qué otra cosa, sino llorar y llorar siempre el desengaño?

Juan Manuel le había jurado, hasta por el cariño de su madre, que nunca habría de olvidarla. Y ella, que era buena, y que lo quería sin detenerse a reflexionar, le había mirado absorta y suplicante.

¡Juan Manuel se casaba! Era lo único que ella sabía. Sabía también que todo esfuerzo por impedirlo era inútil y se había resignado, reconcentrándose en su dolor, inclinando su cabeza como una rosa marchita sobre su propio tallo.

No pudo tampoco odiarlo. La tremenda angustia de su corazón había insensibilizado todo su ser. Tan grande era el golpe, tan superior a ella misma, que se rindió en silencio a su brutal designio.

De nada valieron las protestas de cariño de Juan Manuel, repetidas cada día, con mayor devoción; de nada sirvieron sus palabras, sobre la realidad del casamiento que iba a formalizar, por simple conveniencia social, sin cariño, sin ensueños... Carmen se fué aniquilando, como un enfermo incurable.

Había pensado muchas veces en morir, pero el recuerdo de su madre, anciana ya, y de sus hermanitos, llevaban un poco de terna dulzura a su corazón.

Y prefirió sufrir el calvario de su único amor.

### VIII

Tres meses más tarde, Juan Manuel Castelar contraía en la catedral con Clara Rosa Rodríguez. Fué una ceremonia suntuosa y, según refieren las crónicas de los grandes diarios, ella constituyó un acontecimiento social de vastas proporciones.

Juan Manuel, cuyo espíritu de simulación alcanzó en este acto trascendental de su vida el grado máximo, aparentó ser feliz y celebró con todos la iniciación de su nueva etapa.

Nada le faltaba en efecto, para la conquista de la dicha: sus padres, descosos de verlo en la buena senda, habían suscripto como regalo de bodas un cheque fabuloso. A su vez, los padres de Clara Rosa entregaron a esta el título de una estancia.

Lo demás, el cariño, secundario en este caso, vendría después; tenía por lo pronto la flamante pareja, lo indispensable para adquirirlo.

Entretanto Juan Manuel pensaba en que le sería fácil continuar dividiendo su personalidad en dos sujetos; el primero sonriente y frívolo como tendría que serlo en adelante, y el segundo, amante y soñador, como lo había sido hasta allí, con la pobre y humilde muchacha todo corazón, que lo había dejado partir, mientras su alma toda se deshacía en llanto sobre la misma almohada que fuera testigo de su sacrificio y de su ventura.

La sociedad venció una vez más al amor.

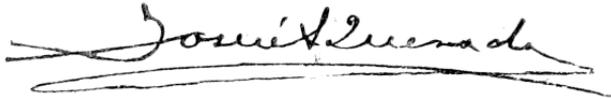
Envuelto en el torbellino de sus frivolidades y oropeles, Juan Manuel claudicó cobardemente.

Han pasado desde entonces muchos meses, y Carmen aguarda aún. Es muy fácil verla en su tienda; es una muchacha pálida, de lindos ojos tristes, cansados de llorar.

Ocupa su puesto en una de las secciones cercanas a la entrada principal.

Allí está siempre en silencio, mirando el desfile de la bulliciosa caravana de jóvenes y niñas que suben al salón de té.

Y todas las tardes tiene así su hora de martirio, porque espera confiada en que alguna vez ha de volver a pasar la figura de aquel que tanto amó.



Febrero de 1919.

### ¿Es este el caso de Vd.?

Es el de muchos que no se consideran enfermos, pero que tampoco están del todo bien

La condición de estreñimiento no está considerada como enfermedad, pero denota un estado enfermizo y hasta peligroso. En todo caso, las evacuaciones difíciles, raras y duras no concuerdan con un estado de salud normal. El estreñimiento, resultante de irritarse o inflamarse las membranas mucosas del recto o bajo intestino, demuestra que la última parte de la digestión queda sin hacerse o mal hecha y es asunto mucho más serio de lo que generalmente se piensa. El estreñimiento produce ese estado congestivo que da lugar a mal aliento, a hemorroides o almorranas, a hernias o relajaduras, a cólicos hepáticos e inflamaciones del hígado, a enteritis glutinosa, a hipocondría, a apendicitis, etc., y el hecho de que muchas veces sucedan cosas de estas y no se las atribuya a la perniciosa influencia del estreñimiento, sólo significa despreocupación o ignorancia.

Para remediar semejante condición no deben usarse medicamentos fuertes ni drásticos, sino remedios benignos y eficaces; no purgantes de género explosivo, sino laxativos que limpien y alivien, a cuyo efecto recomendamos encarecidamente el uso de los famosos Laxoconfitos del doctor Richards. Las renombradas Pastillas del doctor Richards, al curar la indigestión y sus efectos, curan y previenen las causas del estreñimiento, pero no siendo remedio laxante, no curan el estreñimiento mismo.

Medellín, Colombia, junio 1.º de 1917.

Señor doctor Richards, New York.

Muy estimado amigo:

Con positivo gusto certifico, y de este certificado puede Vd. hacer el uso que le convenga, que los Laxoconfitos del doctor Richards son positivamente útiles como laxantes.

Conozco su fórmula, y Vd. sabe que la he analizado por curiosidad en nuestros laboratorios.

Realmente es bueno tropezar "de vez en cuando" con específicos honrados, y uno de ellos es el Laxoconfito Richards, cuya acción fisiológica también conozco y sé que es segura.

En el tiempo que llevo en mi carrera profesional no había nunca conseguido un laxante para poder recetar a mi clientela y ahora estoy satisfechísimo porque encontré lo que tanto buscaba.

Rara vez en mi vida profesional he dado un certificado sobre específicos, y éste lo hago con mucho gusto.

Soy como siempre su amigo a fmo.

(Firmado) Dr. E. Jaramillo.

Importador: L. J. MILANTA - Rivadavia 1255 - BUENOS AIRES

# La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Suscripción única anual \$ 5.—

## PARTE DE LAS PUBLICADAS

8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux, 4.<sup>a</sup> edición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El instinto, de Pedro Sonderegger, 5.<sup>a</sup> edición.
11. La evasión, de Benito Lynch, 3.<sup>a</sup> edición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charras, 3.<sup>a</sup> edición.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.<sup>a</sup> edición.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente, 2.<sup>a</sup> edición.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton, 4.<sup>a</sup> edición.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó, (agotado).
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo, (agotado).
18. La estirpe, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de P. Sonderegger, en 3 partes, 3.<sup>a</sup> edición.
21. El tul violeta, de la Sra. d. R. de Orlandiz, (agotado).
22. La degollación de los inocentes, de Atilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayú, de Juan José de Soiza Reilly, 2.<sup>a</sup> edición.
24. Holocausto, de César Carrizo, 3.<sup>a</sup> edición.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici, 2.<sup>a</sup> edición.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo, (agotado).
28. La revelación, de José León Paganó.
29. El caballo de Carcela, de José de Maturana.
30. Dorios, de Cyro de Azevedo, 2.<sup>a</sup> edición.
31. La expulsión de los doctores, de E. Richard Lavallé.
32. Del parnaso al chiquero, de Eustaquio Pellicer.
33. Cristina, de Alfredo Duhau (número extraordinario), 2.<sup>a</sup> edición.
34. El ataja-camino, de Juan Carlos Dávalos.
35. La conversión, de Claudio de Souza.
36. El último brindis, de César Carrizo.
37. El hombre de la barba en punta, de Miguel R. Roquendo.
38. La Casa de los Cuervos, de Hugo West (G. Martínez Zuviría), en 3 p.
39. El alma de Buenos Aires, por Enrique Gómez Carrillo.
40. Una "girl", por Agustín Remón (número extraordinario).
41. Córdoba Triste, por Luis Rodríguez Embil.
42. Trinidad Guevara, por Enrique García Velloso.
43. El Hambre, por Pedro Sonderegger.
44. El Uumar, por Ricardo Rojas.
45. Poligamia sentimental, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. "Ches Mine. Lucie", por Julio del Romero Leyva.
47. La historia de la muchacha, por Agustín Remón.
48. "Caballero Andante" — Homenaje a Diego Fernández Espiro, por Hugo del Monte.
49. "El chulo del Dock Sur", por Héctor Pedro Blomberg.
50. "El cocobaello de Herrlin", por Arturo Cancela.
51. El Héroe, por Eligio González Cadavid.
52. Una Historia Absurda, por Pilar de Luzarrata.
53. Confesiones de una mujer, por César Carrizo, en tres partes.
54. "Le jour de Gloire est arrivé", por Julián de Charras, en homenaje a los aliados.
55. Los ojos negros, por José López Silva.
56. La Pasarela, por Otto Miguel Cione.
57. La psicología de los celos, por José Ingenieros.
58. "Homunculus", por Pedro Angelici.
59. El Marqués de Santalucía, por Sara H. Montes.
60. El misterio de la calle Maipú, por Alfredo Palacios M.
61. "Stella", por César Duayen, en 2 partes.
62. "La Suerte", por Pedro Sonderegger.
63. El Capitán Morillo, por Julio Llanos.
64. La Serena Prosa, por Arturo Giménez Pastor.
65. Una semana de holgorio, por Arturo Cancela.
66. El comprador de cadáveres, por E. Carrasquilla Mallarino.
67. Fray Matacandelas, por E. Richard Lavallé.
68. Relmu, por Estanislao S. Zeballos.

A LOS ESCRITORES:—No se admiten trabajos en esta Dirección que no sean escritos a máquina, no se devuelven los originales, ni se sostiene correspondencia sobre los mismos.



Por su bondad invariable y su esmerada elaboración, estos bizcochos son la delicia de los chicos y de todas las personas de buen gusto.

Pídalos en todos los buenos almacenes del país.

*Mamita*  
*me comprará*  
**BIZCOCHOS**  
**Carpinacci**  
*si soy bueno?*

“RICURA”, “COCO  
DELICIUS”, “FRE-  
GOLI”, “TORTA  
CRIOLLA”, “MORO-  
CHOS”, “PORTE-  
ÑOS”, “AGUEDA”,  
“NOEMI”, “IRIS”.

**A. A. CARPINACCI**

2036, CALLAO, 2038 - 1534, CHARCAS, 1536.  
:: BUENOS AIRES ::



## LE SANCY

**SIMPLE**  
 Frasco verde  
 Ideal para el baño  
 Frasco grande. \$ 3.70  
 .. medio. .. 1.60  
 .. cuarto. .. 1.50  
 .. chico .. 0.45

**AMBREE**  
 Frasco blanco  
 Deliciosa para el  
 tocador  
 Frasco grande. \$ 5.70  
 .. medio. .. 3.30  
 .. cuarto. .. 2.—

**LOCION "LE SANCY"**  
 De rica e inconfundible  
 fragancia.  
 \$ 2.90

## Kendal

Exquisita y suave  
 Frasco grande. \$ 5.90  
 Loción .. 3.60

## "Nora"

Extra-fina  
 Frasco grande. \$ 7.60  
 .. medio. .. 4.80

## Duc

Única por su delicada  
 aroma  
 Frasco grande. \$ 5.80

## POLVO DE NIEVE "LE SANCY"

Auxiliar poderoso para el realce y conservación de la belleza femenina. Se distingue de sus similares y los supera a todos, porque su notable adherencia hace innecesario el uso de cremas, aguas blancas, pomadas, etc.

Precio: \$ 1.70 la caja

PIDA ESTOS PRODUCTOS EN TODAS LAS FARMACIAS, PERFUMERIAS Y TIENDAS DE LA REPUBLICA

NOTA.—Los precios para las Aguas de Colonia rigen solamente en la capital. Para el interior se aumentan 20 centavos los frascos grandes, tamaño de un litro, y 10 centavos los demás.

Por la devolución de los envases se abonan los precios que se indican en cada frasco.

**BLAS L. DUBARRY**  
 468, MEDRANO, 478 — Buenos Aires



## LE SANCY

**SIMPLE**  
 Frasco verde  
 Ideal para el baño  
 Frasco grande. \$ 3.70  
 .. medio. .. 1.60  
 .. cuarto. .. 1.50  
 .. chico .. 0.45

**AMBREE**  
 Frasco blanco  
 Deliciosa para el  
 tocador  
 Frasco grande. \$ 5.70  
 .. medio. .. 3.30  
 .. cuarto. .. 2.—

**LOCION "LE SANCY"**  
 De rica e inconfundible  
 fragancia.  
 \$ 2.90

## Kendal

Exquisita y suave  
 Frasco grande. \$ 5.90  
 Loción .. 3.60

## "Nora"

Extra-fina  
 Frasco grande. \$ 7.60  
 .. medio. .. 4.80

## Duc

Única por su delicada  
 aroma  
 Frasco grande. \$ 5.80

## POLVO DE NIEVE "LE SANCY"

Auxiliar poderoso para el realce y conservación de la belleza femenina. Se distingue de sus similares y los supera a todos, porque su notable adherencia hace innecesario el uso de cremas, aguas blancas, pomadas, etc.

Precio: \$ 1.70 la caja

PIDA ESTOS PRODUCTOS EN TODAS LAS FARMACIAS, PERFUMERIAS Y TIENDAS DE LA REPUBLICA

NOTA.—Los precios para las Aguas de Colonia rigen solamente en la capital. Para el interior se aumentan 20 centavos los frascos grandes, tamaño de un litro, y 10 centavos los demás.

Por la devolución de los envases se abonan los precios que se indican en cada frasco.

**BLAS L. DUBARRY**  
 468, MEDRANO, 478 — Buenos Aires